

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

Sección Oficial

El próximo primer domingo de Octubre, festividad de la Virgen del Rosario se celebrará en la capilla del Santísimo Sacramento de la Iglesia de PP. Escolapios la misa de Comunión reglamentaria con que la ACADEMIA CALASANCIA inaugura cada curso sus tareas reglamentarias.

El acto tendrá lugar á las ocho, exhortándose á los académicos que asistan al mismo.

Barcelona 17 Septiembre de 1902.

El Presidente,
JUAN BURGADA Y JULIÁ.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.

PEREGRINACION A ROMA

JUNTA CENTRAL DE BARCELONA

La Comisión ejecutiva de la peregrinación barcelonesa á Roma, con motivo del Jubileo Pontificio de S. S. el Papa León XIII, organizada para salir de esta capital el 16 de Octubre, ha acordado en vista de las súplicas que se le han dirigido prorrogar el plazo de inscripción para tomar parte en la misma, hasta el día 25 de los corrientes.

Al mismo tiempo hace público que las Compañías de los ferrocarriles españoles de M. Z. A; Norte; Andaluces y Cáceres—Portugal al conceder la rebaja del 50 por 100 lo han hecho á tenor de las siguientes condiciones:

1.^a Cada individuo presentará en la Estación de partida una certificación del Obispado á que pertenezca el interesado y en la que se acredite su calidad de peregrino.

2.^a El interesado satisfará la salida el importe del viaje de ida y vuelta á Barcelona; y

3.^a El viaje podrá emprenderse desde el día 8 de Octubre y el regreso habrá de efectuarse dentro de los cinco días siguientes al en que llegue la peregrinación á Barcelona de vuelta de Roma.

Esta Comisión prepará un suplemento á las instrucciones definitivas que se publicará á últimos de este mes, en cuyo documento encontrarán los peregrinos cuantos detalles puedan interesarles para el viaje, tanto desde sus pueblos respectivos á Barcelona, los de fuera de ella, como desde esta capital á Roma.

Entre tanto ruega encarecidamente la pronta inscripción de los peregrinos para poder organizar con tiempo la Romería, á fin de que resulte, como parece será por las adhesiones recibidas de toda España, una elocuente manifestación de la catolicidad de nuestra patria y un hermoso tributo de adhesión al Vicario de Cristo en la Tierra.

Barcelona 11 de Septiembre de 1902

El Secretario accidental,

COSME PARPAL y MARQUÉS

La Secretaría de la Comisión está establecida en la calle de Canuda, número 31 (Asociación de Católicos).

DE INSTRUCCION PÚBLICA

I

Años há que en España se nota un continuo malestar en materia de Instrucción Pública, y que los defectos y deficiencias se señalan á granel por todos los individuos que por su profesión peculiar se ven obligados á intervenir en estas materias; la crítica es acerba, unánime y continuada, y los ministros antes de Fomento y hoy de Instrucción Pública, no pueden nunca obtener un aplauso unánime y entusiasta del profesorado español, al pasar por este Ministerio, viendo todos su labor triturada y pulverizada, por las censuras y protestas del profesorado y de la opinión pública que ven lasti-

mados sus más legítimos intereses por las disposiciones emanadas de este centro burocrático. Si nos paramos, y procuramos detenidamente indagar las causas de tan anómalo estado en un ramo tan sagrado de la administración pública, nos parece que pueden reducirse todas á dos principales, origen de todas las otras: el dar un color político en todo lo referente á Instrucción Pública, y la falta de estabilidad y permanencia de todas las disposiciones de este Ministerio; de estas dos causas provienen según nuestro humilde pensar los males que todos lamentamos.

El tener un color marcadamente político y de partido, las disposiciones en materia de Instrucción Pública, origina que cada ministro se crea autorizado para reformar y cambiar esta materia tan importante, conforme á su criterio particular y á sus ideas políticas y religiosas, originando una confusión á cada cambio de Ministerio, y como los españoles tenemos la dicha, por nuestra propia desgracia, de que cada uno se crea irrefutable é incorregible en sus ideas y opiniones, pensando siempre que sólo nuestro criterio es el único bueno y necesario, y queriendo entender todos de materias, que ni por asomo conocemos, los ministros, que por ser ministros, no dejan de ser españoles, no se libran de esa especie de manía nacional, y para demostrar que son hombres, que tienen sus ideas propias y que tienen un criterio formado de la materia que traen entre manos y que la conocen perfectamente, no saben demostrarlo de otra manera que derrocando y deshaciendo todo lo dispuesto por su antecesor, resultando la obra de éste completamente estéril é inútil. Y ahora cabe preguntar: ¿No resulta anómalo, no es rebajar la importancia y respeto que se merece asunto tan importante como es el modo como se han de formar las generaciones futuras, los ciudadanos de mañana, el que hoy veamos en Instrucción Pública reflejado el espíritu y tendencias del demócrata-liberal con sus más exagerados radicalismos, y que mañana contemplemos todo esto cambiado por tendencias más tradicionales?

¿No resulta una verdadera aberración el que hoy un ministro estampe sus ideas netamente católicas y que mañana otro deje entrever en toda su horrible desnudez sus odios sectarios en esta materia? ¿No le parece al lector que en España se toma la Instrucción Pública como un palenque en que luchan enconadamente el creyente católico y el despreocupado sectario? ¿No es esto rebajar hasta lo ínfimo lo que tanto res-

peto ha de merecernos? ¿No es por ventura la Instrucción Pública una función social y no política? ¿Pues por qué ha de quedar al despótico arbitrio del ministro? ¿No sería mucho más lógico que á lo menos se respetase lo esencial en esta materia?

Ahora bien; los resultados que en la práctica obtenemos de que todas las disposiciones de Instrucción Pública tengan un carácter marcadamente político y de partido, son desastrosos á todo serlo y originan este caos que hoy todos lamentamos. Pártase, pues, para evitar este desorden en esta materia, de que las disposiciones de Instrucción Pública no han de ser reflejo de las doctrinas de ningún partido político y que sean en cambio por los partidos respetadas y así obtendremos la estabilidad, tan deseada, de esas mismas disposiciones. Si ahora queremos meditar seriamente sobre lo que se deduce de todo esto, podremos deducir, sin entretenernos en más consideraciones, una conclusión altamente desconsoladora para el hombre pensador y esta es: el concepto que en España se tiene de la Instrucción Pública es sobremano bajo y trivial y no se le dá ni de mucho la importancia que merece. Y no nos crea exagerados el lector, pues hemos llegado á esta conclusión por un método puramente positivo, partiendo de hechos que son sobradamente conocidos de todos; y aún podremos apuntar otra consideración, tal es: ¿Qué concepto nos formaremos de la cultura y civilización de un pueblo que tiene en tan poca estima y consideración la manera como se han de formar las generaciones futuras? ¿Qué decoro demuestra el pueblo que tan poco se interesa por su porvenir? Tristes son las respuestas á estas preguntas para el corazón en que palpita aún el amor patrio, en que aún siente algo de aquel patriotismo de nuestros venerandos abuelos que les impulsó á realizar verdaderas hazañas y á quienes debemos el que nuestro territorio conserve aún el nombre de España.

Dignifiquemos, pues, á ese ramo de la administración pública y rodeémosle de todos aquellos respetos y consideraciones que por su propia naturaleza se merece y tendremos uno de los elementos en que puede vislumbrarse un rayo de esperanza de futura regeneración para nuestra desgraciada Patria.

II

Otra de las causas que hemos señalado como productora del desorden y confusión que reina en Instrucción Pública es: la falta de estabilidad y permanencia de todas las disposicio-

nes que emanan del Ministerio de Instrucción Pública». La verdad de esta afirmación no necesitaremos esforzarnos mucho para probarla.

Notorio y conocido de todos es, por nuestra propia desdicha, que los Reales Decretos y las Reales Ordenes en Instrucción Pública menudean más de lo necesario, que lo que hoy manda un R. D. es derogado al cabo de pocos, poquísimos días por otro; porque sabido es que muchas veces aun no ha habido tiempo de implantar una disposición, cuando ya ha sido derogada, y esta inestabilidad no se crea sea en cosas de poca importancia ó puramente accidentales, pues basta recordar la facilidad asombrosa con que cambiamos de planes de estudios dentro del Bachillerato, por ejemplo: en 16 de Septiembre de 1894 se promulgó el plan del Sr. Groizard, y éste fué derogado por el del Sr. Bosch en 12 de Julio de 1895, que restableció sólo con algunos variantes el plan del año 1857, éste á su vez fué derogado por otro del Sr. Gamazo en 13 de Septiembre de 1898, y en 26 de Mayo de 1899 fué ya derogado por otro que publicó el Sr. Marqués de Pidal, y éste á su vez fué también derogado por otro del Sr. García Alix en 20 de Julio de 1900, siendo también esto derogado por otro del Sr. Conde de Romanones que fué promulgado en la *Gaceta* por R. D. de 16 de Agosto de 1901 y que es el hoy vigente.

Ahora bien, ¿qué resultados pueden reportar en la práctica estas continuas mudanzas y cambios en asunto tan importante como es el de fijar el número de asignaturas y la extensión de éstas, en los estudios para obtener el título de Bachiller? Deplorables resultados producen en la práctica y esto lo sabemos demasiado todos por propia experiencia; á todos nos perjudica esta falta de permanencia: al padre de familia porque nunca sabe á fe cierta lo que se exigirá y el modo como se le exigirá á su hijo para obtener el mencionado título, y esto ocasiona que el cabeza de familia no puede calcular sobre los gastos que le han de ocasionar los estudios de su hijo, pudiendo esto llegar á producir perturbaciones en el orden económico dentro la marcha ordenada de la familia; perjudica al estudiante porque se forma un concepto muy bajo de los estudios al ver la facilidad pasmosa con que se exige el estudio de una nueva asignatura ó se prescinde de ella á voluntad discrecional del ministro; y si perjudica al padre de familia y al hijo, no favorece de ninguna manera á los profesores y á los Directores de Colegios y Establecimientos

públicos de enseñanza, porque cada cambio de plan de estudios, lleva en sí un desorden y una confusión tan imposible de imaginar. Nosotros que por nuestra propia profesión hemos tocado las consecuencias prácticas de estos cambios, sabemos las maldiciones y censuras de que hemos hecho objeto al respectivo ministro y sabemos los perjuicios que irroga á profesores y alumnos ¿Qué diré del embrollo que produce cada nuevo plan de estudios en los Institutos? Si el ministro así como se pasa tranquilamente el tiempo en su poltrona del Ministerio de Instrucción Pública, tuviera que cuidar del orden y demás trabajos de una secretaría de Instituto, seguro, segurísimo que nos pasaríamos muchísimos años sin cambiar el plan de estudios del Bachillerato; y note el lector que no soy exagerado en los perjuicios que estos cambios producen, y que no me entretengo más en señalarlos porque son demasiado conocido de todos.

Bien la diferencia entre un y otro plan de estudios no será mucha, dirá el lector, pues si señor, la diferencia es mucha, muchísima, de tal manera que mientras en el plan del Sr. Bosch se señalaban 15 asignaturas para el estudio del Bachillerato, en el del Sr. Conde de Romanones se señalan 44. Ya ve pues el lector que la diferencia es mucha y de trascendental importancia.

Podemos pues afirmar que la segunda causa del estado anómalo porque atraviesa la Instrucción Pública en España es: «La falta de estabilidad y permanencia de las disposiciones que emanan del Ministerio de Instrucción Pública»; y esta causa á su vez es engendrada por la primera que hemos señalado y de que ya hemos hablado.

Porque, claro es, que si se dá un color marcadamente político y de partido á las disposiciones en materia de Instrucción Pública, como la política de si es mudable y los partidos cambian continuamente, de aquí que no sea posible la estabilidad y permanencia en esta materia de si tan delicada.

He de hacer aquí una observación y es que no crea el lector, que sea yo partidario de un establecimiento completo en la materia de que tratamos, pues sé que la legislación no puede permanecer estacionaria y que para ser perfecta y justa, ha de atender siempre á las necesidades que van surgiendo pero de esto á los cambios tan frecuentes como estamos acostumbrados á ver hay una distancia inmensa.

Pártase pues de otros principios de los que se parte hoy en materia de Instrucción Pública; no tengan nunca esas dis-

posiciones un color marcadamente de partido ó exclusivista, sinó que reflejan la opinión general de la mayoría de los españoles, que reflejan los sentimientos que todos llevamos impuros en nuestro corazón de españoles y no queramos nunca que reflejen el lodo que nos viene de allende el Pirineo, seamos patriotas, y no sólo lo hemos de ser en las luchas, sinó también en las ideas, en que estas sean netamente españolas y no extranjeras. Procúrase dictar una ley que comprenda todas las disposiciones en materia de Instrucción Pública, que la sancione el Parlamento y que no esté á merced del criterio particular de cualquier ministro un asunto de tanta valía y de tanta trascendencia como es el formar el corazón y la inteligencia de los españoles de mañana.

III

Vistas ya las causas principales á que obedecen el desorden y la confusión que se advierte en la materia objeto de las presentes líneas; ocurresenos ahora preguntar ¿la enseñanza es función social ó función del Estado? ó en otros términos, ¿es sola la sociedad que ha de organizar todo lo referente á Instrucción Pública, ó es sólo el Estado el que ha de cuidar, vigilar é inspeccionar ese ramo? Podemos afirmar, por de pronto, que dada la organización de la sociedad actual ni es, de un modo absoluto, lo uno ni lo otro; si nuestra sociedad se hallase al estado de adelanto y progreso que se requiere, podríamos afirmar de una manera categórica, que el Estado no ha de intervenir, no más que de una manera tutelar, y que debe dejarla completamente á la iniciativa particular, porque las ciencias, las letras y las artes son fines colectivos encerrados dentro del fin total humano y por consiguiente han de ser obra de la sociedad, que los va realizando en forma de progreso histórico, sumando todos los trabajos parciales, de los individuos, de las escuelas y de las generaciones. Pero hay que observar que para el desempeño de esta obra colectiva, para el adelanto y propagación de los conocimientos la sociedad debe hallarse organizada convenientemente, esto es se requiere la asociación como hecho voluntario y reflexivo de las personas que á los fines intelectuales se consagran así, la enseñanza en cátedra, la discusión en academias ó ateneos, y la colección de libros en bibliotecas y archivos; la conservación de los trabajos de generaciones pasadas en los museos, la difusión de los conocimientos artísticos, ya con un espíritu crítico en las Academias, ya con un carácter docente

en las escuelas, ya con una tendencia en los estudios y talleres: todas esas funciones necesarias para el cumplimiento de los fines intelectuales, suponen la existencia de una organización social, que atienda á la creación, sostenimiento, dirección y enlace armónico de tales establecimientos y enseñanzas.

La instrucción pues ha de ser obra de la sociedad libremente organizada porque por su naturaleza es un fin social y no político. Pero en tanto que la iniciativa particular y el espíritu de asociación no bastan á satisfacer todas las exigencias de este fin social, el Estado en uso de las facultades que se derivan de su misión tutelar ó progresiva ha de continuar sosteniendo y dirigiendo los establecimientos de enseñanza, como sostiene y dirige los de beneficencia, hasta que el progreso haga inútil su actual tutela. De aquí se deduce la diferencia entre la enseñanza pública y la particular, que fundadas en distintos principios no pueden confundirse en modo alguno dentro de la legislación positiva. La enseñanza particular es manifestación de la libertad del trabajo y producto de la libertad de asociación; y respecto de ella, la acción del Estado deberá limitarse al mantenimiento de los principios jurídicos que le relacionan en general con toda clase de Instituciones. La enseñanza pública es además de función social una función pública, exige del Estado no solamente las condiciones generales del derecho, sino también su desempeño técnico, aunque dentro de las leyes que regulan la acción tutelar, en el cumplimiento de todos los fines históricos de la nación y según las reglas que determina la naturaleza de la enseñanza misma.

Ahora bien visto el diferente origen que reconoce la enseñanza particular y la pública, en cuanto aquella es considerada como función social y ésta como función del Estado; probado como hemos que la enseñanza ha de ser función puramente social, claro es, que el Estado debe ir disminuyendo su intervención á medida que la sociedad vaya realizando por si este fin, abreviando en lo posible la duración de esta tutela; y abandonando poco á poco á la sociedad esta función, esto es el Estado mismo ha de procurar ir convirtiendo poco á poco la enseñanza oficial ó pública en enseñanza particular.

Al hacer una síntesis general de la labor legislativa del actual ministro de Instrucción Pública haremos ver cuan diferente es la tendencia que se nota en todas sus disposiciones,

apartándose, en este punto, completamente de los buenos principios y olvidándose de lo que exige la libertad de que han de gozar los padres en la educación é instrucción de sus hijos.

JUAN MONTLLOR Y RODÓ.

(Se continuará)

¡REMEDIO HEROICO!

Terribles son las noticias que nos transmite el telégrafo. El agua, ese elemento fecundante de cuya falta depende, en grandísima parte, el atraso económico de nuestra tierra ha sido esta vez, como otras muchas, elemento implacable de destrucción y ruína.

Desbordados los ríos, furiosos los torrentes, convertidos en espumosas cascadas los secos barrancos, vegas tan hermosas y fértiles como las del Jalón quedan cubiertas en pocas horas de légamo y piedra, bajo cuya capa desaparecen los exquisitos frutos que eran encanto de los ojos, gala de la naturaleza y esperanza del labrador.

En la Mancha, en Guadalajara, en Andalucía y en otros puntos de la Península, sin excluir la provincia de Madrid, se ha presenciado el mismo fenómeno de desolación, y á la hora presente son infinitas las familias que lloran la pérdida de sus bienes, y que, antes de llegar el aborrecible invierno, ya gimen prisioneras entre las garras de la miseria.

Dos extremos igualmente crueles nos agobian de continuo: ó nos morimos de sed, ó nos morimos ahogados.

Cuando el páramo no nos entristece con su monótona desnudez de desierto africano, la inundación nos espanta.

¿Dónde está la causa de este funesto desequilibrio? En la guerra que se ha hecho al arbolado: en la falta de pantanos que recojan las aguas torrenciales, y de obras de contención y encauce que dirijan las de los ríos por su lecho natural ó por acequias supletorias... ¿Con qué dinero se podían de hecho haber repoblado los montes y las cañadas, y mantenido una buena guardia rural encargada de defender las plantaciones, y construido pantanos, muros y canales de desagüe? Con el latrocinio de la desamortización...

Bien está. Volvamos la vista hacia otra parte.

En Andalucía, según impresiones de viaje que publica un periódico de gran circulación, la vida de los cortijeros, y particularmente de las cortijeras, es abominable. El trabajo es rudo: la alimentación escasa: el hambre frecuente: la desnudez casi salvaje: la tristeza y la rabia alternativas: la ignorancia absoluta, y como algunos opulentos propietarios de aquellas tierras se gastan en las capitales ó en Madrid el producto de fincas que otros trabajan echando el hígado y sin la remuneración debida, cuando quiera que los obreros se congregan para hablar de sus cosas, ya no oyen las teorías del socialismo evolutivo y pacífico, sino las imprecaciones del anarquismo furioso, que enseña el puño y sueña con la bomba y el incendio y parece ser la expresión elocuente y exacta de las aspiraciones de toda multitud andrajosa y escuálida que ve, muerta de hambre, como gozan de los banquetes de la vida algunos hijos predilectos de la fortuna.

De modo que por una parte, la naturaleza sacudiendo el yugo que suele imponerle el hombre, y desbordándose triunfadora y vengativa para arrollar y destruir cuanto se opone á su paso... Por otra parte, la humanidad hambrienta y seducida, esperando impaciente la hora terrible en que, como la naturaleza, pueda también desbordarse y arrastrar y aniquilar la obra de cien generaciones de *burgueses*...

A estos males, que semejan catástrofes apocalípticas precursoras del fin de los tiempos, ¿qué remedio oponen los que dirigen la opinión y tienen en sus manos las riendas del Gobierno?

¡Ah! El gran remedio; el remedio heroico; el remedio tradicional de todas las épocas de predominio revolucionario...

Encararse valerosamente con la Iglesia, y decirle:—Tú, que fuiste despojada por mí; tú, que habías criado los bosques alrededor de tus granjas de labor; que habías convertido en huerto y jardines los yermos; que habías enfrenado los ríos y encauzado las ramblas: tú, que hacías de los colonos verdaderos propietarios, y de los pobres huéspedes constantes de tus refectorios y tus despensas; tú que acudías siempre á las necesidades del Estado con el producto de tus bienes, y levantabas ejércitos para conquistar tierras de infieles ó para defender á la patria y al rey; tú, que

has sabido ahorrar, porque eres modesta y ordenada, y te has engrandecido, porque la gratitud del pueblo correspondía generosamente á tus beneficios; tú, que no tenías culpa ninguna de que el Estado haya permitido el saqueo de los montes y deje en abandono casi secular las obras públicas más importantes, mientras se gasta el dinero en lujos estériles, en ornamentaciones de centros administrativos, más perjudiciales que necesarios; tú, que prácticamente, con el sencillo espíritu de caridad que es tu natural y propio espíritu, porque es el de Cristo, habías resuelto la cuestión del hambre, que es, en gran parte la verdadera cuestión social, tú vas ahora á pagar los disgustos que de todas partes llueven sobre nosotros.

Vencidos y despreciados por la masonería de Cuba y Filipinas aliada á los norteamericanos, no encontramos otra compensación que hechar todo el peso de nuestra ira sobre las Ordenes religiosas.

Agitándonos inútilmente en el vacío de nuestra incapacidad para reconstruir la obra de los siglos, deshecha por nosotros, á tí, Iglesia, con tus frailes y tus monjas, tus diócesis y tus Cabildos, tenemos que volver, los ojos irritados y pedirte cuenta de nuestras torpezas, y cuando parezca que aguas y vientos y turbas famélicas se alzan con pujante cólera contra nosotros, tú serás la que nos saldes esas cuentas aterradoras.

¿Se ha visto jamás insensatez semejante? Puesto esto es lo que resulta de los hechos evidentes que se desarrollan á nuestra vista, y de las palabras y propósitos que respecto de la *cuestión religiosa* se anuncian en la Prensa de gran circulación y se ponen en los labios del Gobierno.

No hay conflicto, no hay daño, no hay el menor perjuicio para nadie en la existencia de los organismos religiosos tal como hoy constituidos en España. Ni el más hábil sofista ha demostrado todavía que en enseñar, en rezar, en estudiar, en ejercer la caridad, en dar ejemplo de virtudes cristianas, se encuentre el menor peligro para la sociedad, para el Estado, para la familia, ni para el individuo.

Ni uno solo de los males físicos, ni de las reivindicaciones sociales, nacidas de la miseria injusta, pueden ser imputados á los religiosos, ni á los canónigos, ni á las diócesis que se trata de suprimir.

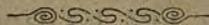
Si alguien puede aquí hablar alto y exigir responsabilidades, es la Iglesia. Aun desde el punto de vista material,

tiene derecho á levantar la cabeza con orgullo. No es ella, sino los detentadores de sus bienes, los que han arrasado los montes y descuajado arboledas que impedían el desbordamiento de las aguas; no es ella la que ha reducido el jornal de los obreros campesinos y aumentando las rentas de los colonos, para que todos se mueran de hambre, y gocen y se diviertan los señoritos en la corte y en el extranjero y viajen en automóvil y pierdan miles de francos en el Casino de San Sebastián, de Biarritz y de Monte-Carlo entre dos elegantes *demimondaines* que acabarán de estrujarles el bolsillo, cuando el azar no se lo haya dejado exhausto. No es ella la que ha predicado la rebelión á los de abajo, sino la que predica la caridad y el desinterés á los de arriba; no es ella, con sus Cabildos y sus prelados y sus monjas y sus frailes, la que altera la paz pública y lanza pelotonés de huelguistas y criminales á la calle; no es ella la que se come el presupuesto del Estado para sostener un Ejército endeble, una Marina raquítea, una Administración complicada é infiel, unas Universidades y unos Institutos que vomitan charlatanes inútiles, y una patria, en fin, donde sólo viven con holgura los toreros y cantantes de género chico, los prestamistas al 60 por 100 al año, por ropas y alhajas, los empresarios de casas de juego y otras *non sanctas*, los comerciantes que roban, los industriales que falsifican, amén de unas docenas de familias que honestamente viven de lo que heredaron de sus mayores ó adquirieron con su trabajo.

Y, sin embargo, contra ella se dirigen los tiros, y en molestarla, en ofenderla y en desbalijarla de lo suyo se cree encontrar el remedio heroico de los males que nos agobian...

Cuando se ven estas cosas, hay derecho para preguntar: Pero los que así piensan y así hablan, ¿qué son?... ¿Locos ó bribones?...

G.



CULTURA Y FANATISMO

Mientras nuestros cultísimos demagogos procuran *civilizar*nos y *européizar*nos, dispersando procesiones y apedreando casas religiosas, dando á entender que los actos del culto católico son vejezes de esta tierra semiafricana, desterrados ya de todos los pueblos cultos de Europa; en regiones como la protestante Holanda y la estudiosa Alemania renacen las ceremonias del culto público católico ó se conservan en el vigor que no han podido desarraigat las luchas de religión, tres veces seculares.

El 11 del pasado mes de Julio, según leemos en una carta particular fechada en Valkenberg (Holanda), una inmensa muchedumbre acudía á la ciudad de Maestricht para venerar las sagradas reliquias que, como inestimable tesoro, se conservan en aquella catedral y se ofrecen en veneración del pueblo sólo una vez cada siete años.

Cuando, después de cantarse una misa solemne, se exhibieron los venerandos restos (dice la carta aludida), el público se agolpaba en derredor del presbiterio, que es elevado y está situado en el centro de la iglesia.

Entonces sale una como procesión, formada por hasta nueve sacerdotes, vestidos con sobrepelliz, precedidos de un estandarte y llevando con solemne pompa los relicarios. Se detienen dos ó tres veces de cara al pueblo, para que desde todos los ángulos puedan verse las reliquias, mientras otro sacerdote, desde el púl, ito, va haciendo una declaración de las mismas.

El mismo corresponsal nos refiere otra solemnidad parecida, aunque mucho más grandiosa, que ha presenciado en la antiquísima corte de Carlo Magno, Aquisgram, que los franceses llaman Aix-la-Chapelle, y los alemanes Aachen.

Las cuatro principales reliquias que allí se mostraban á mediados del pasado mes, eran:

- 1.º Los pañales del Niño Dios.
- 2.º El paño que se ciñó el Señor á la cintura en el tiempo de su crucifixión.
- 3.º Un vestido de la Virgen Santísima, especie de túnica de mangas cortas.
- Y 4.º El paño en que fué envuelta la cabeza cortada de San Juan Bautista.

Es tan grande el concurso que acude á reverenciar estas prendas sagradas, que por no ser posible que quepa en la vasta basílica, se le muestran desde la torre, á una altura que viene á ser doble de las casas que le rodean. Las plazas á uno y otro lado, las calles y las azoteas se llenan de gentío innumerable. Una excelente y numerosa orquesta, situada en los balconajes de la torre, anuncia que va á mostrarse una reliquia. Luego un sacerdote, con voz clara, lenta y extraordinariamente poderosa, se dirige al público, exhortándole á su veneración. Finalmente, se expone la reliquia á las adoraciones de la multitud reverente, repitiéndose lo mismo en cuatro direcciones diferentes para que pueda ser vista de todos. La ceremonia dura unas tres horas, y se repite quince días seguidos; pero sólo cada siete años.

En estos ejercicios se entretienen *los ilustrados alemanes* y los industrioses holandeses, progenitores de los boers, que tan valientemente saben pelear y morir en las regiones africanas.

Y por un fenómeno inexplicable para los Canalejas, los Blasco Ibañez, Sorianos y Lerrouxes y demás *redentores* que se esfuerzan en extirpar el *fanatismo* de España, las regiones donde tan vivo alienta y revive el espíritu católico, son las prósperas, las industriales, las que marchan á la cabeza del verdadero progreso moderno; mientras nosotros con todos nuestros conatos de *uropeización* masónico-anarquista nos vamos hundiendo en la miseria y en la barbarie.

Conviene propagar estos hechos, que la prensa liberal tiene buen cuidado de *ignorar*, para que se entere nuestro pueblo de que los extranjeros nos están usurpando la supremacía de la piedad y la religión, al mismo tiempo que la de la ciencia y de la prosperidad material, para que se cumpla una vez más la palabra del Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios y su Justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.»

R. C.

NAUFRAGIO

Teñían de rosa los primeros resplandores de la aurora el horizonte levantino, en tanto que en el puerto todo dormía, y sobre la tranquila superficie de la extensa rada ni el eco de

una voz turbaba su letárgico silencio ni la más leve arruga su unida superficie.

Sembrados como islotes de diminuto archipiélago, entreveíanse las negras siluetas de los barcos anclados que, inmóviles también, paralizadas sus máquinas, recogido su velamen, dormían con el sueño de las cosas, reparador de sus fatigas, de sus expediciones á lejanas y exóticas riberas y de sus épicas luchas con el Océano.

Sonó en las calles la voz del pregonero, que llamaba á los marinos á sus puestos; era la hora de salida para las lanchas pescadoras; afluyeron de todas partes los rudos trabajadores del mar, que, con lento y pesado andar, llegaron al muelle é instaláronse en sus barcos; tronaron las voces de los patronos, dando órdenes, en castellano unos, en lengua eú-kara otros, y el vocerío aquél rompió el silencio del dormido puerto.

Aprestáronse las tripulaciones, izáronse las velas, batieron las aguas en rítmica cadencia los remos, y ligeras deslizáronse como grandes pájaros blancos, entre los contornos de la ribera, las valientes lanchas del Golfo de Cantabria.

Las primeras luces de la mañana platearon con sus pálidos reflejos la movediza superficie del mar, tiñendo en rosa las blancas velas que la surcaban; atravesábamos la boca del puerto; de pie, sobre las toldillas de popa, erguidas las serenas frentes y asidos los remos de gobierno con las diestras manos, descubriéronse los patronos dando principio á la oración de la mañana; continuáronla en coro las tripulaciones, y las preces de los marinos brotaron de sus rudos pechos, elevándose á Dios á través del infinito espacio, bajo el azul lechoso del firmamento en que brillaban las últimas estrellas con luz vacilante y tenue, que se apagaba poco á poco, ahogada por la claridad del día.

En alta mar, violentas oleadas de aire cálido anunciaron impetuosas el principio de la tormenta, al tiempo que el creciente movimiento del mar sacudía á las embarcaciones, que crugieron.

Recogiéronse los aparejos, rápidamente las tripulaciones se dispusieron á la lucha, izáronse en las proas las pequeñas velas de la *unción* que reservan los marinos para los momentos de peligro, y arrastradas por el diminuto trapo en que el huracán ejercía titánico empuje, volaron las embarcaciones en vertiginosa carrera, regresando hacia el puerto.

Saltaban sobre las blancas crestas de las olas; hundíanse

en las simas que entre sí dejaran éstas; lenguas de agua y de espuma elevábanse por cima de las bordas inundando las lanchas, cuyo maderamen crugía; el mar hervía, los rugidos del oleaje y del viento ahogaban las voces de los hombres y los gritos de los patronos. Separadas por la tormenta luchaban las barcas con desesperada energía, y de cuando en cuando, entre las gigantes olas, veíase un trapo blanco alzarse durante un segundo para sepultarse de nuevo, para perderse entre las montañas de agua, entre las nubes de espuma que, arrasada por el huracán, elevábase rápida en el espacio deshaciéndose, cayendo en mil copos de blancura inmaculada.

Nuestra barca, empujada como una pluma por la galerna, volaba dando frente á la ola, que, embistiéndola con furia, estrellábase contra el tajamar; creció el empuje del viento, tendióse el trapo hasta parecer romperse; los chirridos del maderamen delataron el esfuerzo del barco tendido bajo el empuje; cruzábamos la extensión con rapidez de un *express*.

Varias lanchas precedían á la nuestra; una de ellas, la primera, pidió socorro; la vimos desmantelada, suelta de vela, detenerse, girar sobre sí misma llevada por un torbellino de la tormenta; presentó el costado á la ola que rompió sobre ella con fuerza de ariete gigante; no vimos más; pasó nuestro barco como un relámpago sobre el lugar del naufragio, apartando su proa á uno y otro lado algunas astillas y algunos remos que flotaban.

Llegamos al puerto; esperaban en el muelle mujeres que sollozaban en angustiada impaciencia; desembarcaron los marinos; hubo gritos de inmensa alegría para los que tornaban; hubo sollozos de agónico dolor para los muertos.

En torno del más anciano de ellos, los supervivientes arrodillados entonaron fervorosa plegaria, en que á la Virgen del Mar rogaron por el eterno descanso de aquellos que para siempre quedaran sepultados en los abismos del Cántabro Golfo.

ANTONIO G. DE LINARES.

GRANDES Y PEQUEÑOS

Se ha dicho con verdad, generalizando mucho, que no hay en el mundo ni un hombre perfecto. Y podría añadirse que cuanto más sobresale un hombre por determinadas

cualidades, más adolece de los defectos contrarios, siempre que la virtud auxiliada por la gracia de Dios, no sea el fundamento de la grandeza humana, como ocurre en los Santos.

Estudiando las biografías anecdóticas de los que sólo han perseguido la grandeza humana, y muy particularmente de los intelectuales, los cultivadores del cerebro, encontraremos á cada paso comprobada aquella verdad.

En efecto, en tales personajes se registran muy malas cualidades. Salustio y Aristipo eran dos perdidos. Safo, ya se sabe lo que era. Carlyle zurraba á su mujer; J. J. Rousseau echaba sus hijos á la Inclusa; Aristóteles fué un adulador de Alejandro; Bacon traficaba con la justicia; Miguel Angel huyó cobardemente cuando el enemigo atacaba á Florencia. Enrique Heine era burlón, malo y de carácter agrio, y Leverrier fué un tirano para sus subalternos.

Suelen ser también supersticiosos. Hobbes no creía en Dios y tenía un miedo terrible al diablo. Voltaire, de quien puede decirse que era un colmo de perversidad, volvía á su casa de malísimo humor cuando durante sus paseos había oído graznar cornejas al lado izquierdo del camino, y Byron consideraba el viernes como día nefasto.

El doctor Felix Regnault, en un artículo publicado en *La Revue* hace notar que los genios dicen horrores los unos de los otros. Larrochefoucauld escribía: «—Los grandes hombres son los que tienen mayores defectos.» Jorje Sand dice: «—Que se les esculpa en mármol, que se les funda en bronce; pero que no se hable de ellos. Son malos, fantásticos, despóticos, amargos, desconfiados». Y Schopenhauer afirma textualmente que las personas de genio, no solamente son desagradables en la vida práctica, sino de escaso sentido moral. «Tales hombres suelen tener pocos amigos: en las cumbres reina la soledad».

En sus relaciones mutuas, los genios se hacen todo el daño que pueden. Cuvier impidió á los naturalistas Peron y Lesueur que publicasen magníficos trabajos de etnografía y zoología, que habían practicado en un largo viaje, y Haeckel decía de Agassiz «que era el caballero de industria más ingenioso y más activo que jamás ha trabajado en el dominio de la Historia Natural».

El orgullo es también uno de los atributos del genio. Paracelso decía que su bonete era más sabio que todas las Academias del mundo; Víctor Hugo ponía de oro y azul á cuantos le criticaban; y, sin llegar á genios, son muchos los artistas que

se ponen furiosos en cuanto se les señala en sus obras el más pequeño defecto.

Poniendo la consideración en los hombres de altura intelectual ajenos á la perversidad, encontraremos, sin embargo, en ellos notables extravagancias.

Para excitar la fiebre de producción los genios recurren á mil diversos procedimientos: unos, necesitan andar; otros, estar echados. Bossuet se envolvía la cabeza en trapos calientes; Schiller metía los pies en agua helada. A menudo se valen de venenos, como el opio, el haschich, el alcohol, y van aumentando las dosis hasta el punto de que algunos, como Hoffman y Edgard Poé, no podían escribir si no cuando estaban borrachos. Buffón, para escribir con holgura, necesitaba engañarse como si tuviera que asistir á una recepción.

El genio, preocupado con una idea fija, suele olvidarse de todo cuanto le rodea. Newton, durante los dos años que empleó en la preparación de su libro *De los principios*, no existió más que para pensar y calcular; sus actos eran automáticos. A menudo, al ir á levantarse de la cama se quedaba sentado en el lecho horas enteras, absorto en sus pensamientos. Goethe se entregaba á sus observaciones y á sus experiencias sobre la teoría de los colores en Valmy, sin que le distrajera el estruendo de la célebre batalla. Hegel terminó tranquilamente la *Frenología del espíritu*, en Jena, el 14 de Octubre de 1806, sin enterarse de los estragos que en torno suyo hacían los ejércitos combatientes, y todo el mundo sabe cómo murió Arquímedes.

Vieta pasa sin interrupción los días con sus noches preocupado con sus cálculos algebraicos, y no se acuerda de sí propio hasta que personas amigas le arrancan de su abstracción.

Leibnitz echa á perder su salud pasando muchos días sin levantarse de la silla.

Dícese de Ampère que en cierta ocasión iba á tomar un coche para dirigirse á una estación. De repente se le ocurrió un cálculo matemático, y sacando un trozo de tiza del bolsillo se puso á trazar operaciones algebraicas en el testero exterior del coche. Este echó á andar y Ampère salió corriendo, asombrado de ver que sus fórmulas se alejaban al trote largo. Este mismo sabio, al salir un día de su casa, escribió en la puerta el siguiente letrero: «Mr. Ampère no está en casa. Volved á la noche.» Regresó él al cabo de una hora, y viendo lo escrito, se tomó él mismo por un visitante y no volvió á su domicilio hasta después de anochecido.

Algunos hombres de genio son verdaderos enfermos. Su inspiración presenta los síntomas propios de un ataque de histerismo. El inspirado cambia de fisonomía, su frente arde, los ojos le brillan, sus movimientos son bruscos y la voz más fuerte que de ordinario.

Se ha dicho, y no sin fundamento en algunos casos, que el genio es la locura. A veces ésta acaba por destruir al genio. Tristes ejemplos de ello son Schumann, el Tasso y hasta cierto punto Federico Nietzsche.

Justo es, sin embargo, reconocer que no son genios todos los que pierden el juicio.

De todo lo cual inferiremos que sólo es verdaderamente grande el hombre virtuoso, esto es, el que somete sus pasiones á la voluntad, su voluntad al entendimiento y su entendimiento á Dios. Sólo el santo es plenamente sabio.—H.

EL EQUILIBRIO EN LA JERARQUÍA INDUSTRIAL

(Conclusión)

En el último de los capítulos ó sea el sexto hace constar el autor, que no se entienda de ninguna manera necesario prescindir de la autoridad pública, civil ó eclesiástica en las cuestiones que se refieren al orden industrial, pues es claro que existiendo la autoridad para el bien común, ella debe intervenir en ciertos asuntos que traspasan la competencia del principio directivo que existe en los organismos sociales y hasta naturales de la humanidad. Así la autoridad pública deberá intervenir en ciertas cuestiones que fácilmente se originan en la vida industrial, cuando no se baste á sí misma; pero es indudable que el mejor movimiento de un organismo, el más natural, el sistema curativo más excelente es el que procede de un principio intrínseco ó sea de la misma naturaleza de la cosa. Toda acción que proviene del exterior peligra de caer en tiranía. Sin embargo, existiendo como existen dentro de la jerarquía industrial miembros más débiles, en defensa de ellos la autoridad pública deberá ejercer su protección. Por esto esta Carta sirve de exhortación para que los hombres de buena voluntad se constituyan en protectores de los débiles y les ayuden á obtener la consideración que merecen por

su estado. El trabajo de los niños y mujeres, el descanso dominical y otras cuestiones por el estilo claro es que necesitan el auxilio de la potestad legislativa y del poder público; á fin de que la dignidad humana sea tratada con la deferencia debida.

Termina el Dr. Terras y Bages su obra exhortando á los patronos para que favorezcan á los obreros ayudándoles á mejorar de situación dentro los términos de la justicia y de la discreción necesarias; pues constituye esto una obra de piedad cristiana, á que se muestren benignos con los dependientes y trabajadores. Además respecto al obrero, todo lo que sea inspirar consideración al patrono, es contribuir á un principio de justicia natural observado por todos los pueblos de la tierra y consagrado por el mismo Jesucristo que reconoció la jerarquía social y siendo Dios y Señor de todos los hombres para ejemplo de los mismos quiso sujetarse á ella. Solamente delante de Dios hay una jerarquía que no existe en las contingencias humanas, un orden de superior dignidad; en esta jerarquía superior cada uno obtiene el grado que ha merecido con su vida libremente ejercitada bajo el influjo de la gracia, al contrario, de la vida temporal que raras veces se corresponden el mérito y el grado de la jerarquía. Delante de Dios, amos y obreros, todos sois igualmente obreros, obreros de la virtud cristiana, pues propiamente no hay más que un Señor y Amo que es Dios y ante El y en su tribunal de justicia eterna, todos somos obreros de una calidad superior, de las virtudes que vino á enseñarnos su Hijo Unigénito, Jesús. El nos mostró el Pan propio de la Humanidad y que constituye la felicidad verdadera. El es el eterno Predicador de todas las generaciones, de todas las razas y de todas las épocas; los falsos profetas, los que predicán á los pueblos otras doctrinas de felicidad, son como las hojas de los árboles que en cada año se cambian, se secan, y el viento se las lleva para caer más tarde al suelo y servirle de abono; lo propio sucederá con las doctrinas de los comunistas y socialistas enemigos de las enseñanzas divinas de Jesucristo. Sus teorías, coincidiendo con los prodigiosos adelantos de la industria, han producido una verdadera fermentación en el campo de la sociedad humana, caerán, sin embargo, á tierra cual hoja seca, porque les falta la savia de vida que deriva del árbol siempre verde en cuya sombra reposa la Humanidad civilizada, Jesús Nuestro

Señor; pero la abonarán fecundizándola para que en ella con más frondosidad crezca el árbol de la Humanidad cristiana, cuyo cuerpo es el amabilísimo Jesús y cuyas ramas son los hombres todos hermanados y unidos con los vínculos de la justicia, de la equidad y de la caridad, desapareciendo la opresión de los pobres y apareciendo á su vez la exaltación de los humildes.

Tal es el trabajo del Ilmo. doctor Torras y Bages del cual excusaremos hacer la crítica no sólo porque para juzgar á un maestro como es su autor, sea necesario otro, sino que también porque bastan estas mal traducidas notas para conocer la profundidad de doctrina y la utilidad del mismo; condiciones que junto con la belleza del idioma en que está escrito y la forma literaria que emplea dan un todo notable, acabadísimo y hermoso. Por esto le calificábamos desde el principio, llamándole digna continuación de las obras debidas al propio autor, que le han precedido, tenidas todas por verdaderamente notables; siendo como es la que nos ocupa realmente magistral no tememos que nadie se oponga á nuestro criterio pues se convencería con sólo leerla.

El reconocerlo de este modo y por combatir á los comunistas y socialistas como lo hace especialmente cuanto trata de la pretendida absorción por ellos, de la personalidad humana junto todo lo inmanente á la misma como es la religión, la propiedad y la familia; así como por ser las saludables enseñanzas que contiene puntos para solucionar la tan debatida cuestión de Economía, el pleito entre el capital y el trabajo y refutar de una manera exacta y breve las teorías y exageraciones de las pretendidas escuelas antedichas, han sido motivo más que suficiente para que nos propusiéramos divulgar y extender tan notable Pastoral, lo mayormente posible, dentro de nuestra modesta esfera de publicidad, á cuyo fin y obligados á sintetizarla por el motivo que expusimos, la hemos vertido al castellano para lograr de esta manera que sean más conocidas las magníficas ideas que encierra por todos aquellos que reciben esta Revista que como es sabido circula por la Península y fuera de ella.

Conviene antes de terminar hacer constar de una manera clara y categórica para conocimiento de todos y especialmente de aquellos aficionados á seguir toda clase de ideas que están de moda ó toman por nuevas sin serlo «que

es imposible ser cristiano y socialista, porque el cristianismo y el socialismo son como la luz y las tinieblas, como el agua y el fuego que el uno mata al otro; el Cristianismo es la misma naturaleza humana racional y creyente y el comunismo y socialismo es la mutilación de ella, abstrae la vida racional y religiosa dejando reducida la Humanidad á una vida material divorciada de la tradicional civilización. Por esto la Iglesia lo condena.

Al felicitar al Ilmo. Obispo de Vich por su Carta pastoral que lleva por título *L' equilibri en la jerarquia industrial* le damos las gracias en nombre de la ACADEMIA por el ejemplar que recibimos y le ofrecemos á su vez esta humilde labor que si bien no es digna de su obra, por estar falta de dotes y condiciones que carecemos, sin embargo estamos seguros que reconocerá en ella nuestra buena voluntad y el objeto por nosotros propuesto que no es otro que el que lleguen estas notas á conocimiento de cuantos les interesen á patronos y obreros.

J. SALA BONFILL.

21 Junio 1902

LOS LOCOS DE LA VIDA

(Continuación)

—Calma Ana, calma, repuso Isabel. Todas conocéis á don Manuel. Me parece que es todo un caballero, una persona honrada y formal. Pues bien, un día encontramos á Enrique en nuestro paseo. Y D. Manuel, señalándole con el dedo me dijo: mira Isabel. ¿Ves ese chico tan extraño y pensativo que pasa junto á aquel hombre vestido de negro? Sí, contesté, es Enrique M., un joven amigo mío, tiene mucho talento y es muy rico..... ¿Pues quién lo dijera? Ese chico tan rico y de talento es un criminal, mató á un hombre.....

—Mentira, mentira, interrumpió Ana, como herida por un rayo y presa de excitación furiosa. Eso es infame, repetía fuera de sí, con frenéticos ademanes.

Es imposible pintar el asombro que produjeron las palabras de Isabel.

—Ana, por Dios; Ana, loquilla. Que tienes, escucha mujer,

cálmate.... repetían, exclamaban algunas sujetándola por la cintura.

—Eso es infame, eso es una horrible mentira, repetía como una loca, con ojos extraviados. Es la ponzoña que os corroe el alma.

—¡Jesús! que cosas dice, exclamaron algunas tapándose los oídos con las manos.

—¡Loca! ¿Entregarías esa mano tan pura para que las estrechara con las tuyas teñidas con la sangre de un hombre? seguía diciendo con imperturbable calma Isabel.

—Pues bien, sea, exclamó Ana con un arranque noble; lleno de orgullo. Y aunque así fuera, también le amaría.

¡Qué salvaje hermosura se pintaba en el rostro de Ana! Un pálido rayo de sol se deslizaba jugando con los bucles de sus cabellos.

—Silencio, silencio, por Dios, que viene la baronesa, exclamó Clara azarosa. Ea Ana, basta de llorar, enjuga tus lágrimas, vamos, ponte alegre no nos vayas á descubrir....

En efecto, la vieja señora, con vacilantes pasos, acercábase al corro de las jóvenes, mostrando en la mano un bonito ramo de flores.

Estas diéronse prisa en despachar sus meriendas.

Ana procuró sonreír, mas en vano, porque á cada bocado regaba el pan con las límpidas lágrimas que se escurrían de sus ojos.

III

Al rayar el alba, en una de esas frescas y hermosas mañanas de verano, una mujer muy joven, vestida con negligente y encantadora sencillez, agitados sus cabellos por el céfiro, caminaba por un estrecho y tortuoso sendero, que en suave pendiente conducía á una modesta iglesia, arrimada á un recodo del monte y medio oculta por la frondosidad de un bosque que la rodeaba. El melodioso canto de los pájaros se confundía con los alegres toques de las campanas, cuyos ecos se esparcían por el valle.

Penetró la mujer en la iglesia y fuese á arrodillar en uno de sus más oscuros y solitarios rincones.

A través de la semi-obscuridad en que estaba sumido el templo, se distinguían confusamente las sombras de algunas personas que la luz oscilante é inquieta de una lámpara proyectaba como fantásmas en la pared.

No hacía mucho tiempo que el sacerdote concluyó de decir

la misa, cuando la joven, que hasta entonces había permanecido arrodillada orando con santo fervor, levantóse por fin y se dirigió á tomar el agua bendita. Al llegar á la pila sus manos tropezaron con otra que galantemente se la ofrecía.

—Muchas gracias, murmuró distraída, rozando ligeramente la punta de sus dedos y haciendo la cruz.

La persona que la había ofrecido el agua la contestó al oído:

—No las merece señorita.

El timbre de su voz la produjo una impresión profunda. Volvió rápidamente la cabeza á todos los lados, pero no vió á nadie. Por fin salió.

Iba ya á internarse por el mismo tortuoso sendero, cuando la voz que en la iglesia la sobresaltó de tal manera, la detuvo. Encontróse frente á frente con un hombre de unos veintiocho años, alto, esbelto, de frente elevada y serena. Sus miradas eran límpidas y melancólicas. Una sonrisa impregnada de triste amargura se dibujaba en sus labios.

—Buenos días Ana, exclamó.

Esta, intensamente pálida, parecía como atontada.

—Ah, es V. Enrique, dijo al fin. Buenos días. Madruga V. mucho.

—Es mi costumbre. La veo á V. muy pálida. ¿Se siente cansada?

—Un poco. Tiene V. la bondad de prestarme el brazo Enrique. Así andaré mejor.

—Con mucho gusto. ¡Pobre Ana! Ya supe su desgracia. Crea V. que lo sentí en el alma.

—De veras. Pues estoy muy enojada con V., muy enojada.

Ana se apoyó, temblando, en el brazo de Enrique, mirándole con ojos espantados. Su frente estaba bañada en un sudor frío, temblaba y gozaba a la vez; quería huir pero su corazón le sujetaba cada vez más junto á él. Enrique era un hombre extraño é incomprensible; un enigma que nadie acertaba á explicar. Todos le creían un loco. Sólo Ana le comprendía y creía en sus palabras. Amaba á Enrique, pero jamás había dado á conocer á nadie su pasión. Amaba y se consumía en secreto; si reía, con él reía; si lloraba, así lo hacía también, Enrique era el alma, Ana su complemento, su vestidura. Si su delirante fantasía, con locas resoluciones le dictaba insensatas imágenes y mientras los demás reían, Ana con la cabeza alta mirando al cielo, con los ojos medio entornados se esforzaba en dar cuerpo á aquellas imágenes que sentía bullir en

su cerebro. Nacidos el uno para el otro sus dos almas revoloteaban juntas alrededor de unas mismas sensaciones. Enrique de su alma, dejaba escapar al espacio su esencia y Ana con amor la acogía, la daba abrigo y colocaba en su corazón.

Todo sin comprenderse, sin mirarse, sin notarlo siquiera y sin embargo, confundiendo sus almas á cada soplo de la vida ó á cada impulso de su corazón. En la amistad de Enrique, Ana y la baronesa, eran las preferidas. La primera, como una compañera, la baronesa cual otra madre.

—¿De modo, decía Enrique, que se encuentra V. mejor? Cuanto me alegro. Todos los días he preguntado á la baronesa por su salud. Primero me asusté, cuando me dijo que tenía insomnios y terribles pesadillas. ¿Es verdad que estuvo V. delirando toda la noche?

—No me acuerdo de ello.

—Sí, según supe por la señora baronesa, fué una gran impresión.... ¿es cierto?

Ana palideció horriblemente.

—No sé.... no me acuerdo.

—¿Y su mamá? ¡Pobre señora! Como sufriría. No sé por qué, pero siento por ella un afecto especial que no me explico. Su tristeza me atrae.

Y así, hablando, llegaron al final del camino que se bifurcaban en dos. El uno conducía á la aldea; el otro al río, que se deslizaba por la falda del monte.

A donde se dirige V., dijo Ana, deteniéndose.

—Al río, es mi cotidiano paseo. ¿Quiere V. que la acompañe hasta su casa?

—No, no, también voy al río. Hoy quiero acompañarle.

Al cabo de un rato continuó Enrique:

—De modo, que salió V. ayer á ver á D. Manuel.

—Sí.

—No le conozco. Es decir, creo recordarle....

—Ah, pues, á V. le conoce muy bien D. Manuel. Toda la tarde hablamos de V.

—Y que digeron de mí. Vamos á ver, exclamó sonriendo.

—D. Manuel dice que es V. un hombre muy original.... muy original, dijo Ana mirándole fijamente.

Enrique con ánimo desfallecido bajó lentamente la cabeza.

Pero yo no lo creo.... sabe V. Enrique.... yo no lo creo, repuso vivamente Ana.

—No se esfuerce V. señorita. Gracias.... Ya dijo bien D. Manuel!.... eso es: original. He aquí la palabra....

Eso lo dice V. por ganas de decirlo.... lo que es yo no lo creo.... repetía Ana.

Enrique seguía pensativo. Después de una pausa, exclamó tristemente:

—¡Siempre lo mismo! y añadió animándose paulatinamente. Pero ¿por qué dirán que soy original?

—Oh, yo no lo creo..... decía Ana agarrándose fuertemente á su brazo.

—¡Que mal suena esa palabra en mis oídos, señorita!.... Oh, no se ofenda V..... ¿Por qué soy original? repetía, ¿por qué? ¿Por qué aborrezco al hombre? ¿Por qué odio á la vida? ¡Ah, y por eso! ¿Quién no es original? ¿El que ama á todo el mundo, el que es feliz? ¡Qué necedad!

—¡Enrique!....

Sí, Ana, sí. ¿Qué es la vida? ¿No es el martirio cruel, no es el potro del tormento, no es la camisa de fuerza del loco? ¿Por qué pues ese afán tan extraviado de vivir? Pide V. á cualquiera un poco de amor, un rasgo de caridad; le enseñan á V. los dientes y eso es todo. Quiere V. trabajar, vivir, comer, tener participación en ese miserable festín de la vida, ¿es bueno?... á la calle, no sirve para vivir. ¿Es un hipócrita? ¿Un malvado? ¡Ah! entonces trabaja hijo mío, tú llegarás, tú vales para eso.

—Yo cuando veo á un hombre, lo primero que hago es mirarle la cara. ¿Creerá V. que no me ha gustado ninguna? la una tuerta, la otra con un flemón, aquella chata, deforme puntiaguda..... pues así, así tienen el alma también, créalo V. El manso, el tímido, el bueno, es un desequilibrado, un fenómeno, un ser que no sirve para nada, ni tan siquiera para vivir; por eso es manso. El hombre es una fiera con buenos modales, la verdad. Los hipócritas, los ruines, los malvados y farsantes y por ahí los otros, esos son los tipos principales. Los demás son variaciones, ramas que no llegan aún; pero que ya llegarán. Les falta un rasgo, un retoque que el mundo les ha de hacer en su alma. El día que lo adquieran por generación, será el tipo perfecto.

—El rebajado, el que se humilla siempre, el fátuo y el orgulloso, esos son necios del todo; tienen el alma incompleta, les falta algo. ¡Y dicen, continuó sonriendo tristemente Enrique, dicen que no amo al hombre! Si, sí, le amo. No á uno, ni á dos, ni á mil, amo en la vaguedad, á todos, á la humanidad. El día que me digieran que en mi persona, en mi muerte, estaba su salvación; ese día fuera suyo. ¡Oh como

me destrozaría, con que refinamiento.... por miedo que la operación no saliera bien y tornara á perderles.

Y quieren que crea en la vida, seguía diciendo, que me encuentre bien aquí ¿por qué? ¡Bien sabe señorita, la señora baronesa quién soy yo y cual ha sido mi vida! bien lo sabe.

El alto sol en el cielo suspendido, como una inmensa lámpara, hería con sus rayos la blanca espuma del río que levantaba en frenéticos remolinos.

Ana escuchaba con los ojos muy abiertos. Sus miradas flotaban errantes por el espacio. Ya no temblaba.

Enrique continuó: Una madre, ¡pobre mujer! despedazada su alma, ébria de dolor por la muerte de su marido, tuvo de soportar que sus tres hijos pequeños, tiernos.... anduvieran noche y día por la ciudad pidiendo un pedazo de pan, que no les daban. ¿Qué no daban pan? bueno, pues trabajo. Oh, decían, son muy pequeños, no servirán para nada. ¡Bien decían ellos que sí, que sí, que su madre se moría. Id, id, decía la gente, no sois aptos aún, no servís para nada. Y esos niños con el alma traspasada, maldiciendo al hombre á cada momento, que les negaba la vida, que les mataba de hambre, despreciándoles después, pedían una y otra vez y siempre lo mismo: no me sirven.

Si íbamos por la derecha, ¡atrás ladronzuelos! si á la izquierda, la gente se apartaba de nuestro lado temiendo que les mancháramos las ropas. ¡Pobres niños! en un rincón con un pedazo de pan en la mano, la muerte, el odio y la desesperación en el alma, escupían con furor á la gente que á su lado pasaba, corría.... riendo.... Era nuestro desahogo.

Ese, ese es el hombre, las novelas, todo son mentiras; la realidad es cruel, es loca, pero es verdadera.

—¿Sufriís? dijo Ana inquieta.

—No al contrario, los recuerdos me dan la vida. Veo al pasado como si lo tuviera siempre enfrente de mis ojos como un inmenso lienzo; ¡cuántas horas paso en su contemplación! De todo, de todo me acuerdo.

—No piense V. en ello Enrique, dijo dulcemente Ana.

—Sí, sí quiero pensar. Si es mi fortuna, si sólo gozo y río cuando pasan ante mis ojos aquellos cuadros de mi juventud.

Y Enrique ocultando su cara entre las manos rompió en amargo llanto.

JUAN SANTAMARÍA

(Se continuará)

RACHAS DE MUERTE

Fué ayer en las Antillas, es hoy en el Extremo Oriente. Pasó la racha de muerte y de destrucción sobre la Martinica, aniquilando un pueblo entero, convirtiendo en inmensa tumba lo que era foco de vida.

Un instante de horror, instante tan corto que uno de los supervivientes de S. Pedro, tripulante de un buque anclado en el puerto, arrojóse al mar en el momento en que la catástrofe empezaba, buzo durante algunos segundos; cuando volvió á la superficie para respirar, todo había concluido, la ciudad no existía ya.

Bajo el formidable zarpazo de la naturaleza, sucumbió todo. Como en moderna Pompéya, encuentran las brigadas de obreros, que levantando van el sudario que envuelve á la muerta ciudad, los despojos de su población; cadáveres y más cadáveres; destrozados unos, intactos otros, en actitud de agónico tormento, retorciéndose en supremo espasmo de dolor; algunos tranquilos y serenos, sorprendidos por la muerte sin verla venir, petrificados en sus rostros los gestos y actitudes de la vida.

Y en esos muertos, que vivos semejan, hay labios que sonríen con macabra sonrisa que ningún destello de un alma anima; abiertos ojos que no ven, cuya siniestra mirada piérdese en la vaguedad de un infinito vacío y helado cual rayo de luz que el espacio cruza sin que nada le refleje, mirada que desde la tumba contempla indiferente la vida del mundo en sus grandezas y en sus miserias. Frentes erguidas tras de las cuales jamás brillará el fulgor de la Idea, muñecos de carne que fueron seres humanos; eso queda, eso dejó en pos de sí la muerte, y su fúnebre silencio sucede á las risas y á los sollozos, á los cantos de alegría mezclados con lamentos doloridos que en discordante concierto forman el himno de la existencia humana.

Ahora es en Asia; la isla de Tori Shima es la víctima sobre la cual se ha cernido la racha de destrucción, aniquilando cuanto allí existía, sepultando bajo lavas y cenizas la población cuyos 150 habitantes, no pudiendo embarcarse é imposibilitados para huir, vense precisados á aceptar la muerte y sucumben sin que uno solo logre salvarse.

Allí, como en San Pedro, no hay cuartel; niños adora-

bles que, como flores de amor, abriassen á la existencia; muchachas radiantes de belleza y de vida; hombres llenos de fuerza y de entusiasmo, cuyos pechos albergaban nobles sentimientos y ardientes pasiones; todos, jóvenes y viejos, débiles y fuertes, encuentran la muerte en la convulsión gigantesca de la tierra rugiente.

Y esos aniquilamientos totales, esas ráfagas de muerte, de las que pocos ó ningún superviviente queda de un pueblo entero, borran con las vidas la memoria de los muertos para los cuales no hay lágrimas al no haber ojos que llorarlos puedan.

LINARES.

LO TRIOMF DE LA ESCOLA PIA

Al Rnt. P. Rafel Otero de la Verga de les Escoles Pies, Superior del Col·legi de Puigcerdà

Si les panes m' afligeixen,
si 'n combaten les passíons,
si del mar les ones creixen
no anirà ma barca á fons;
una Estrella al port me guía:
YO SO FILLA DE MARIA
(Verdaguer, Pbre.)

Princesa celestial, dolça Patrona
del ordre popular de Calassans,
aqueix mon cant, que á Vos l' amor entona,
villaulo benehir, Mare dels sants.

Mare dels sants y de la Escola Pia
humil barqueta, que feu l' ample mar,
lo mar del món, qui en tempestal impia
la vol rabiut dintre 'l pregon tombar.

Per xo vull, Mare, referir l' historia
que 'ns assegura vostra protecció,
de que sou Vos la qui 'ns du á la gloria,
y de la barca porta lo timó.

Vol Lucifer en son odi á Deu móureli guerra,
prò Deu, ¿qué fa? una dona permet li xafé 'l cap;
aquel dragó espurneixa veri per quí á la terra,
y de cinch anys un nin batre son odi sap.

¡Oh Deu de les venjances! donau alé á mon cántich,
veuré enfaristolada, remoure' s la serpent, los mon
com se remou ab ones y espumereig l' Atlántich,
per engullí uns vaixells, á quins flagel·la 'l vent.

Comensa allà á Peralta la guerra ab lo diable,
qui surt com un mal lladre, que roba en camí-ral;
un sér ell vol fer perdre ab odi detestable,
y aquét á frech del lladre, vol enforhá 'l punyal.

Vuereu... á casa seva la tropa s' hi aconvoya,
un noy 'ls fa de mestre, eix noy es Calassans,
ensényalshí doctrina, també ensemps la tramoya,
ab que al orch lo diable enfonsa á tants y á tants.

De peus dalt la cadira, com si li fes de trona,
matem, diu á la tropa de nins que té al costat,
matem, diu, al diable; y ells, de qui 'ls sermona
senten l' entusiasme, que 'ls du vers al combat.

Son fora ja, miraulos, caminan ab dalera,
exércit de bons ángels davant, con sant Miquel,
Joseph hi va, y es l' ángel á qui té més quimera
lo Llucifer, lo lladre capítombat del cel.

Al peu d' una olivera lo lladre irat se planta,
qui ab fum embolcallantse s' encara ab lo petit,
lo quin ple de coratje y d' una tirria santa,
com llamp demunt tirántseii, als peus lo vol rendit.

¿Heu vist d' un single al cayre, per hont l' isart hi passa,
posar, perque s' hi' estimbe, parany lo cassadó?
dós Llucifer rumía, cóm ara fe' igual cassa,
que atreu á dalt del arbre, rompenti un branquilló.

Lo cerbatet, nin tendre, cau estimbat del arbre,
mes una Mare 'l serva, que astora lo malvat,
en lloch de restá' á terra estatua de marbre,
rabent s' alsa del córrech; María l' ha salvat.

Lo cerbató que corre, arriba fins á Roma,
als nins també acomboya, y al cim d' un alt cloquer
penjanthí una campana, la escala se desploma,
cayent ¡ay Verge Santa!, fins á pará' al carrer.

Una ombra també negra volia perdre' al Pare
de tants de noys que á estudi van de la coixa al toch,
y perque á la infantesa ab son mantell no ampare,
fins una cuixa rompli, ni 's puga moure 'n lloch.

¡Oh Deu de les venjances! ¿vyeu l' enemich vostre,
que encara us fa la befa, y riu més fort que may?
—mes dalt ni abaix no hi ha, qui á vostre nom no 's postre,
y quan més fort riguera, diguéreu:—¡aixó ray!—....

Y fins del cel baixáreu, y ab Vos la vostra Mare,
com sol en ple mitx día, demunt vostra heretat,
y 'ls nins y Escola Pfa recorda ab pler encara
d' amor la dolça proba, que avuy 'ls hi heu donat.

PEL JUNY

(De François Coppée.)

Per florits caminets, planas y serras
 boy celebrant el juny, en nostre amor
 anirem a cercar en llunyas terras
 jo notes é ideas, tu papallons d'or.

Pels sitis mes solets y mes ombrosos,
 entre saules, surers y roures bells,
 buscarem ab afany sent tant ditxosos
 jo rimes pures, y tu el cantar de aucells.

Corregent per las vores y enconrades
 que bat el riu ab ones y remors,
 ¡que flors y trovarem gentils y alades
 jo fent versos y tu cullint les flors!

Y nostre amor creixent en fantasia
 arreu trovará mes dolsor y encant;
 poeta jo seré, tu la poeta,
 mes bella tu serás, jo mes ayment.

JOAN B. GUÉLL Y FERRER

1902